

FRONTERAS EN LAS LETRAS JUDÍAS-LATINOAMERICANAS

POR

SAÚL SOSNOWSKI

University of Maryland at College Park

—“Si hubiera una guerra entre Argentina e Israel: ¿por cuál de los dos pelearías?” La pregunta era parte de un ejercicio al que nos enfrentábamos los alumnos de las escuelas hebreas en el Buenos Aires de los años cincuenta; también se dejó oír en los setenta, me dicen, en más de un secundario nacional. Eran varias las preguntas y las respuestas que nos preparaban para una eventual visita del “Inspector”. No recuerdo si alguna vez llegó a visitarnos alguien del Ministerio o si sólo fragué la imagen de un hombre muy afeitado, bigote fino, traje con chaleco, sombrero y una sonrisa afable e igualmente tramposa que nos inducía a decirle, en confianza, claro, “y sí, por Israel”, con lo cual “clausura del colegio por deslealtad a la patria”.

La doble lealtad —es decir, el ser percibido como desleal a la nación a la cual pertenecemos por derecho de nacimiento— ha sido una constante en la formación de una ciudadanía sometida a pruebas periódicas. Las sospechas que, por cierto, no reflejaban un consenso nacional ni el sentir de toda la clase política desde el establecimiento del Estado de Israel en 1948, o desde la canalización de aportes a los pioneros radicados en Palestina y a los sobrevivientes del Holocausto, se basaban en apelativos, fisonomías, creencias y prácticas ajenas al ideario de una nación que se venía forjando desde fines del siglo XVIII y que desde mucho antes, tenía arraigados principios discriminatorios en sus bases educativas.

En el anticipado interrogante del “inspector” subyacía la mácula de la traición posible, la prueba de la ajenidad. Y con ello, para quienes debían responder, la necesidad de probarse continuamente, de demostrar que el hijo de recién venido también era criollo. Por eso *Los gauchos judíos* de Alberto Gerchunoff (1884-1950) es considerado texto fundacional de la literatura judía-argentina y, en general, de la judía-latinoamericana: porque apareció en 1910 para sumarse a las celebraciones del Centenario, porque articuló los ejes en torno a los cuales se dirime la integración del inmigrante que siempre estará signado por lo minoritario, porque se adelantó a la consideración de lo nacional equiparando Argentina con Sión, a la Patria elegida con el hallazgo de la Tierra Prometida. Y porque Gerchunoff lo hizo recuperando la lengua que siempre había considerado suya, inscribiéndose en la nación con el idioma español del cual metafóricamente careció durante cuatro siglos: desde el exilio impuesto en 1492 hasta su arribo al territorio que por esos mismos años había sido conquistado con el mismo ímpetu intolerante que lo condujo a ser periódicamente extraño en los villorios europeos que fueron suyos y aprendió a querer como propios.

Territorio, nación y ciudadanía son conceptos que frecuentan los escritores judíos-latinoamericanos (y, por supuesto, no sólo los portadores de identidades múltiples) con diversos grados de urgencia y énfasis. Su uso obedece, como cabe esperar, a condiciones puntuales en la historia de sus respectivos países y regiones, así como a su propio grado de aculturación, perfil ideológico y actividad política. Un relevamiento del corpus literario judío-latinoamericano —y prescindo de las exclusiones que interrogan la intimidad de uno o ambos elementos de este compuesto o el grado de pertenencia por el porcentaje de alusiones folclóricas— indica que cuando estos elementos entran en juego, el referente es, casi sin excepción, el país de origen o América Latina. Tanto las zonas más próximamente originarias como las ancestrales —es decir, Europa o África del Norte, así como Israel— son caja de resonancia o de pertenencia y cumplen una función definitoria de alineamientos y reconocimientos, pero, exceptuando a quien enuncia su ser desde el sionismo, no sustituyen a la nacionalidad. Por ello, si bien hay hechos históricos de insoslayable impacto en la vida judía internacional —el Holocausto y la creación del Estado de Israel son paradigmáticos en la historia del siglo XX y, cabe suponer, para el futuro— estos no serán necesariamente ejes definitorios o constitutivos de prácticas literarias, como sí lo son hechos más próximos. Pienso, por ejemplo, en las dictaduras en el Cono Sur que, por otra parte, evocan o pueden ser leídas a contraluz de la experiencia nazi.¹

El marco narrativo del corpus que nos atañe no está necesariamente uncido a lo épico, como se ha vuelto casi una norma en el espacio latinoamericano. Si bien cabría pensar ese ejercicio literario en dimensiones similares a las que organizan la textura de “El jardín de senderos que se bifurcan”, ello no implica que lo percibido en y desde Israel como la “gran historia nacional judía” sea ignorado o desplazado por los escritores judíos que no son israelíes. Pasa que su historia (también) es otra y lo israelí, que afecta a los organismos comunitarios hasta en su mimetismo ideológico y organizativo, no tiene una centralidad similar en el diseño de las letras. Por lo tanto, los años 1948, 1956, 1967, 1973, 1982 —hitos de la historia israelí y de la vida judía— no son los generalmente elegidos por los escritores judíos-latinoamericanos, quienes tienen como referentes fechas más próximas a la historia nacional. Se puede ver como ejemplo el caso específico la Guerra de los Seis Días, que en junio de 1967 redefinió el carácter del Estado de Israel, dibujó un nuevo mapa de la región, alteró las relaciones geopolíticas de Medio Oriente, afectó la conducta de las potencias que allí han marcado (y ejercen) áreas de influencia y ocupa hasta el día de hoy, y por una serie de factores que no siempre están directamente conectados con las consecuencias de esa guerra, un lugar privilegiado en la atención del mundo y de la prensa. Para quienes estuvimos pendientes de esos hechos y de la amenaza de destrucción que precedió a la guerra, hay imágenes aún vigentes. Más allá de lo acaecido en los campos de batalla, en ese momento confluyeron los tiempos: Jerusalén, centro de la vida tradicional judía y el lugar emblemático que representa el nexo con las instancias fundacionales del judaísmo, fue

¹ Dos ejemplos recientes: Liliana Heker *El fin de la historia* y particularmente Manuela Fingueret *Hija del silencio* que, entrelaza el campo de concentración de Terezin con la ESMA durante la última dictadura militar argentina. Como se podrá observar a lo largo de este texto, y como ya lo sugiere esta primera nota, la mayor parte de mis ejemplos provienen de la producción argentina. La comunidad judía-argentina, la mayor de América Latina, es la que ha producido la franja más nutrida en esta segmentación de las letras.

unificada por primera vez desde la Guerra de Independencia de 1948. Esa guerra marcó al judío diaspórico como opción y no como inevitable destino; en 1967 Israel logró que, por primera vez desde la destrucción realizada por el imperio romano en el siglo I de esta era, la Ciudad Vieja de Jerusalén volviera a ser regida por un gobierno nacional judío.

Los escritores judíos-latinoamericanos se hicieron eco de la Guerra de los Seis Días en artículos, crónicas, entrevistas y poemas.² La Guerra también suscitó serios debates en la izquierda. En el plano más obvio, el enfrentamiento se basó en una simple polarización que veía a Israel alineada junto a los EE.UU., y a los países árabes, apoyados por la U.R.S.S. y sus satélites, como representantes de un frente progresista y anti-imperialista. Las protestas de la izquierda —legítimas en su rechazo de la política estadounidense con respecto a Cuba y Vietnam— automáticamente integraban a Israel al bando que debía ser opuesto. Por esos años en que la retórica revolucionaria —y cierto facilismo maniqueísta— estaban en plena efervescencia, algunos intelectuales de izquierda apoyaron la iniciativa militar israelí, celebraron su victoria y la comprendieron en el contexto de las amenazas lanzadas por Nasser y sus aliados, y como una reacción defensiva frente al acto bélico egipcio que había clausurado el estrecho de Tirán. Pero tal celebración fue sumamente discreta pues se consideraba necesario un tono sofrenado, o el silencio, como respuestas menos dañinas para mantener un frente anti-imperialista. Al parecer, no era el momento de matizar, ni de arriesgar rechazos, ni ostracismos, ni expulsiones de partidos o cofradías. En este sentido, las expresiones más dramáticas se hallan en los argumentos propuestos por León Rozitchner en *Ser judío*.

Utilizando la Guerra de los Seis Días como trasfondo, y teniendo en cuenta la doble existencia del judío como ser que habita el mundo material así como el espacio imaginario sostenido por la fe religiosa y por el anhelado retorno a Sión —lo cual también es un fundamento integral del pensamiento sionista laico— Rozitchner se pregunta qué implica ser judío en Argentina. El autor se enfrenta a militantes y simpatizantes de la izquierda que han renegado de uno de sus segmentos constitutivos a cambio de una fallida apuesta a la nacionalidad o, mejor dicho, interroga su aceptación por parte de quienes ellos mismos consideran como “más argentinos”. Para Rozitchner, abdicar el judaísmo creyendo que tal renuncia conducirá a una mayor aceptación como “argentino sin calificativo adicional”, y no como una anomalía en el cuerpo nacional por parte de la mayoría de la población, implica, entonces y siempre, no haber comprendido que “argentino” y “judío” son elementos inseparables de una misma identidad. Ser judío —agrego—, no es sólo el resultado de nacer y crecer dentro de cierta cultura, sino también —como lo han demostrado amplia y trágicamente todos los procesos discriminatorios— ser visto como tal por “los otros”.³

² No sólo los escritores judíos consignaron el hecho, también Borges registró las implicaciones de esta saga militar. Me ocupé de su interés en “Israel en la poesía de Borges” (Sosnowski).

³ Si bien aludo a esto en varios pasajes de este ensayo, y ya me he ocupado del singular caso de Germán Rozenmacher frente al peronismo, dejo para otra ocasión un análisis pormenorizado de las implicaciones literarias del ejercer el judaísmo como opción frente al ser marcado como judío por los otros. La mayoría de los textos que cito revelan una aceptación del ser judío en tanto propio de una ineludible identidad; en la medida en que tematizan los rechazos y las imposiciones, la mayoría lo hace en función del antisemitismo. Silencios, negaciones y otras estrategias alternativas a la imposición serán tratadas en otro texto.

Rozitchner insiste en que la ciudadanía se adquiere en el instante de nacer y en ese preciso territorio, así como en la imperiosa necesidad del judío de refutar todo argumento que pretenda desalojarlo de sus derechos y de un país que le corresponde tanto como a cualquier otra persona nacida en él.⁴ La problemática de *Ser judío* remite al ser judío en toda tierra fuera de Israel—el único Estado donde este hecho tiene otro sentido para la asignación de una carta de ciudadanía.⁵ El énfasis de sus argumentos está dado precisamente en la diferencia y en la exigencia de que ésta sea aceptada como factor constitutivo del ser argentino.

La expansión del territorio como resultado de la Guerra de los Seis Días fue en sí misma motivo de numerosos debates. Estos iban desde el derecho mismo de Israel a existir como Estado hasta su conformación dentro de las líneas fronterizas negociadas luego del cese de hostilidades en 1948, con lo cual frecuentemente se soslayaban las decisiones de los países árabes ante las propuestas de partición negociadas y sancionadas en foros internacionales en las postrimerías del mandato británico. En ciertos momentos de la historia—y quizá los sesenta sean por un tiempo años paradigmáticos— nada es demasiado claro o todo posee la certidumbre de lo diáfano y de una luminosidad que encandila. En la pugna entre las superpotencias, los alineamientos ideológicos no dejaban lugar a dudas, y sólo toleraban muy acotadas desviaciones; en el movimiento tercermundista las coaliciones eran más confusas al albergar países de fuerte raigambre democrática junto a regímenes autoritarios. Los conflictos de Medio Oriente eran campo propicio para contribuir a la confusión general cuando se trataba de deslindar las aristas ideológicas, y mucho más cuando la dimensión ética se asomaba al predio de las relaciones internacionales y al derecho de los pueblos. Para la izquierda latinoamericana, esa geografía fue útil para dirimir ciertas posiciones así como para hallarle una pátina menos burda al antisemitismo (antisionismo, se decía, no equivale a antisemitismo). Y subrayo lo que debería ser obvio: no toda oposición a los actos realizados por el Estado de Israel, entonces y en cualquier momento, puede ser atribuida a antisemitismo—arma frecuentemente esgrimida por la derecha— como tampoco toda iniciativa israelí ni toda guerra merecen un mismo calificativo de agresión ni el epíteto de agente del imperialismo yanqui.

Dicho esto, es necesario subrayar que, si bien para el judío-latinoamericano el sionismo, la Jerusalén unificada y el nuevo mapa de Israel motivaban, y podían llegar a alterar los términos de una reflexión sobre qué es ser judío, el eje de sus consideraciones más próximas recorría la geografía humana y política de América Latina. Por un lado, estaba la percepción continental: uno de los legados intelectuales de la Revolución cubana que generó un discurso internacionalista, alimentado ciertamente por la misma polarización de los bloques y sus enfrentamientos militares a través de terceros. Por otro, como se verifica a lo largo de la historia de las repúblicas americanas, se enfatizaban más los conflictos

⁴ Desafortunadamente, la historia argentina ha mantenido vigentes los razonamientos de Rozitchner. Una puesta al día que reflexiona sobre el “ser judío” en el contexto de la represión y el exilio que resultaron del golpe militar de marzo de 1976 aparece en su “El índice de la inhumanidad de lo humano” presentado en 1986 en el Congreso de Escritores Judíos Latinoamericanos.

⁵ La pregunta “¿quién es judío?” adquiere otro significado en el Estado de Israel, precisamente por la peculiar injerencia del rabinato en la vida nacional, pero ese apartado es ajeno a estas consideraciones sobre la situación en Latinoamérica.

regionales y, como resultado de las formaciones nacionalistas, los propios y acotados intereses de la nación.

La Guerra de los Seis Días, como todas las guerras en las que Israel estuvo involucrado, dieron lugar a un amplio registro de reacciones por parte del liderazgo comunitario y, en una medida emocionalmente más mesurada, a un número limitado de publicaciones por parte de escritores judíos latinoamericanos.⁶ Hasta donde he podido comprobar, sin embargo, exceptuando a escritores que adquirieron la nacionalidad israelí, se integraron plenamente a la literatura hebrea y fueron reconocidos por sus pares como autores israelíes por su producción en hebreo,⁷ ningún hecho definitorio de la historia del Estado de Israel ejerció un impacto mayor en los autores judíos-latinoamericanos que la historia de sus propios países. Dos casos puntuales son los años de plomo en el Cono sur y, para el caso argentino, la destrucción del edificio de la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) por un acto terrorista el 18 de julio de 1994.

Israel como fuente y origen, como entidad política cuya existencia le otorga un nuevo sentido a las diversas acepciones del judaísmo y que garantiza la supervivencia nacional del pueblo judío, particularmente después del Holocausto, es, por cierto, un motivo recurrente en las letras judías-latinoamericanas. Salvo algunas excepciones, sin embargo, el Israel que se incorpora al imaginario de los escritores de la diáspora es emblemático y no el Israel material y cotidiano en el que está instalada, con perspectivas multiculturales, multiétnicas y multigeneracionales, la literatura israelí.⁸ Quienes se han ocupado literariamente, a lo israelí, de los motivos que comparten con la literatura universal, son quienes allí viven o quienes han residido allí por varios años. Desde la perspectiva israelí, y con la transparente nomenclatura hebrea que describe el ser y estar fuera de Israel, el mundo se divide en “Israel” y “la diáspora”. Por su parte, los escritores judíos que viven en sus países no dejan de ser en última instancia, y según cada uno de ellos perciba su propio lugar en el sistema, seres multiculturales con una identidad indivisible, aún cuando desplieguen un compromiso íntimamente emotivo, histórico, racional y hasta político ante el Estado de Israel. Su nacionalidad y signo de pertenencia están definidos por el país de origen o adopción; su vínculo con Israel podrá caer en el rubro de “turista” intelectual, afectivo, o profundamente cultural y religioso, pero siempre circunstancial en cuanto a la ciudadanía, o a la capacidad

⁶ Una muestra de notas periodísticas fue realizada por Zevi Ghivelder en su *Missões em Israel. As jornadas de um repórter brasileiro no Oriente Médio* que incluye un capítulo sobre la Guerra de los Seis Días, “O sétimo dia” (33-52). En otro orden, véase *El conflicto árabe-israelí: desde sus orígenes hasta la firma del tratado de paz entre Egipto e Israel* de Daniel Samoilovich y Roberto Russell.

⁷ Pienso, por ejemplo, en el poeta Oded [Enrique] Sverdlik (Buenos Aires, 1938-Tel Aviv, 1996) quien estuvo plenamente integrado a la literatura hebrea.

⁸ Esta problemática surgió en la conferencia “Continuity and Transformation: Jewish Writing Since World War II”, organizada por Steven D. Lavine, actualmente Presidente del California Institute for the Arts, que se celebró en Bellagio en 1982, con el auspicio de la Fundación Rockefeller. Participaron Yehudah Amichai, Aharon Appelfeld, Arthur A. Cohen, Yaffah Eliach, Maurice Friedberg, Isaac Goldemberg, Henryk Grynberg, Shimon Markish, Sami Michael, Dan Miron, Cynthia Ozick, Grace Paley, Edouard Roditi, Gershon Shaked, Jon Silkin, Saúl Sosnowski, Arnold Wesker, Ruth Wisse and A. B. Yehoshua. Una selección de los trabajos, que incluye “Beyond Survival” de Primo Levi —quien no pudo asistir a la conferencia— aparece en *Prooftexts*.

y el derecho a intervenir en el Estado. Digamos que, técnicamente y salvando todas las distancias de rigor en ambas direcciones, serían casos análogos a los de los intelectuales que en los años sesenta, y también posteriormente, proclamaban su adhesión a la Revolución cubana, escribían sobre ella criticándola o defendiéndola ante sus adversarios, visitaban la isla para cumplir con los ritos de la zafra y la firma de proclamas y adhesiones, pero no por ello mudaban su lugar de residencia ni dejaban de vivir y militar (o no) en sus respectivos países.

Los ejemplos de compromiso e intervención varían pero para el caso puntual de 1967 que estamos señalando cito como muestra los siguientes ejemplos argentinos. Bernardo Verbitsky (Buenos Aires, 1907-1979), quien por lo general prescindió de motivos judíos en su narrativa, incluyó referencias a la Guerra de los Seis Días en la saga de Cherniacoff, el escritor que es personaje principal de su novela *Etiquetas a los hombres*.⁹ Un caso singular entre los nacidos en la década del 40 es Ricardo Feierstein (Buenos Aires, 1942), quien asimiló y tradujo la experiencia de ser israelí y de haber vivido la Guerra de Yom Kippur (1973) en la novela *El caramelo descompuesto*.¹⁰ Marcos Aguinis (Córdoba, Argentina, 1935) se ocupó de las relaciones de Israel con los palestinos en la novela *Refugiados: Crónica de un palestino*.¹¹ Su interés es coherente con una obra que ha frecuentado alusiones y episodios de la historia judía deteniéndose con frecuencia en hechos que repercuten en la actualidad argentina. Dos autores nacidos en la Argentina que adoptaron la ciudadanía israelí ofrecen perspectivas diferentes en su producción narrativa frente a quienes permanecen en América Latina. En su primera novela, *Soldados de papel*, Gabriel Lerner (Buenos Aires, 1953; Israelí desde 1972) trató la guerra en el Líbano. Samuel Pecar (Entre Ríos, 1922; Israelí desde 1963), luego de recuperarse del silencio que le produjo caer en los resquicios entre dos lenguas (castellano y hebreo), se ha ocupado en las novelas publicadas desde su arribo a Israel de experiencias que no reniegan de su origen argentino; siempre en castellano pero también con referencias israelíes y personajes con nombres hebreos.¹²

Como lo demuestra la lectura de textos identificados bajo la rúbrica judía-latinoamericana, situaciones puntuales remiten a la geografía local. Hay, por supuesto, excepciones que remiten libremente a otros espacios. Antonio Elio Brailovsky (Buenos Aires, 1946), por ejemplo, elaboró su novela *Identidad* en torno a un mítico reino judío montado en la selva mexicana en el siglo XVI y Mario Satz (Buenos Aires, 1944) ha apelado

⁹ En su *Jewish Issues* Naomi Lindstrom analiza *Es difícil empezar a vivir*, novela de 1941, en un capítulo sobre Bernardo Verbitsky.

¹⁰ Esta novela, publicada inicialmente en 1979 constituye el segundo volumen de la trilogía *Sinfonía inocente*, publicada posteriormente en un tomo, con un estudio preliminar de Andrés Avellaneda.

¹¹ La bibliografía de Aguinis incluye breves ensayos como *Maimónides, sacerdote de los oprimidos*, cuentos con variaciones sobre Jonás (*Y la rama llena de frutos*; publicada previamente como *Importancia por contacto*) y varias novelas (*La cruz invertida*, *La conspiración de los idiotas*, *La gesta del marrano* y *La matriz del infierno* entre ellas). Véase el texto testimonial de Aguinis, "De la legitimación apologética a la crítica reparadora".

¹² Véase *La edad distinta*, *El hombre que hizo retroceder el tiempo*; *Yo soy mi alquimia* y *El segundo Génesis de Janán Saridor*.

a una saga planetaria y elaborado versiones poéticas derivadas de la Cábala. Israel aparece en diversas instancias como marco de referencia histórico, cultural y religioso y, asimismo, como realización del sueño programático del sionismo.

Más allá de todo otro factor histórico y religioso, la creación del Estado de Israel ha significado que todo judío, por el hecho de serlo, adquiere derecho a una ciudadanía —como poco antes, por ese mismo hecho de serlo, se lo conminó a desaparecer. Aquel derecho es, por supuesto, una opción que no implica en modo alguno esquemas de doble lealtad, excepto para los xenófobos. Estos diluyen las diferencias entre “judío” e “israelí” o las utilizan cínicamente con los mismos propósitos con que su retórica discrimina contra cualquier minoría. Ser judío, entonces, no responde solamente al canon que así lo dictamina; se es por ser percibido como tal. No es necesario interrogar los archivos inquisitoriales ni, en tiempos más próximos, las prescripciones del régimen nazi o la legislación fascista de tantos otros países, para tener una clara conciencia de que periódicamente al ciudadano judío de países americanos —tanto bajo dictaduras como en democracia— se le recuerda que de algún modo su ciudadanía no es del todo completa. Después de todo —admitirá el más burdo— para eso existe Israel, como antes —sostiene el ignorante— estaban Rusia y esos otros países de indeseable inmigración. Por esto, los textos fundacionales de la literatura judía-latinoamericana están impregnados del deseo de adquirir paz o, tan siquiera, la ausencia de persecuciones. Tal tierra, como elocuentemente lo rubricara Alberto Gerchunoff para la Argentina, es Sión.¹³ Aún hoy, pero sin la urgencia (y también, según el caso, sin la misma necesidad) de otras épocas, los escritores judíos-latinoamericanos siguen consignando su derecho y la legitimidad de ejercer política en sus respectivos países. Ello en sí, es sintomático: si en algunos países aún se recuerda el componente de la diferencia, es porque el imprimatur del judío no ha dejado de ser una resta en la ecuación de la ciudadanía.

Para el caso que nos ocupa, estas consideraciones señalan que, en primer lugar, el tono menor que ha tenido la Guerra de los Seis Días en la literatura judía-latinoamericana es un simple corolario de toda la presencia de Israel en ese corpus.¹⁴ En segundo lugar, aunque esta Guerra ha sido tema de los escritores judíos-latinoamericanos, lo fue más en artículos y ensayos, en notas periodísticas y en algunos poemas, que en ejercicios narrativos de más largo alcance. El resultado es que, si bien la Guerra de los Seis Días ha sido un hecho histórico de enorme importancia para todos los países involucrados, no ha alcanzado a traducirse en un segmento relevante en la franja literaria judía-latinoamericana. Los

¹³ El ejemplo paradigmático es el ya mencionado *Los gauchos judíos* (1910). Como resultado de la política argentina durante la Segunda Guerra Mundial, después de conocido el Holocausto y de haberse establecido el Estado de Israel, Gerchunoff hizo los ajustes necesarios a su juvenil identificación de Argentina como Sión. Otros ejemplos de la esperanzada actitud de los pioneros agrícolas y de los primeros inmigrantes urbanos en la antología compilada por Ricardo Feierstein, *Cien años de narrativa judeoargentina, 1889-1989*.

¹⁴ En la primera nota al pie de su análisis, “The Complex Roses of Jerusalem: The Theme of Israel in Argentinean Jewish Poetry”, Florinda F. Goldberg dice: “In the texts considered, ‘Israel’ is also used as a synonym of ‘Jewish people’ or ‘Judaism’ —a notable and poetic extension of the strict allusion to the State of Israel which corroborates a generous literary usage” (*Tradition and Innovation. Reflections on Latin American Jewish Writing*).

motivos definitorios de ese sector —de los autores que se ocupan de los componentes unidos mediante ese guión— siguen siendo la identidad, el Holocausto, la memoria ancestral de prácticas culturales y religiosas, la migración y los procesos resultantes de integración y asimilación, así como hechos socio-históricos y políticos de los países que son suyos.¹⁵

Cómo preservar la identidad de una minoría siempre ha sido motivo de preocupación, particularmente cuando ésta se ve amenazada o cuestionada por una cultura dominante que es explícita o sutilmente hostil a la diferencia. En países aluvionales, cuyas olas inmigratorias han sido el resultado de políticas nacionales, así como en aquellos montados sobre la base de comunidades étnicas numéricamente mayoritarias pero sometidas, preservar la identidad diferenciada mientras la mayoría de sus integrantes se inscribe en los padrones de la integración y comienzan a pasar por el tamiz asimilatorio, ha sido una función ejercida primordialmente por la cultura. Dicha identidad, si bien arraigada en crónicas y prácticas centenarias o milenarias, no es ni debería ser vista como inamovible ni ajena a la historia. Para nuestro caso, la mayor parte de los ejemplos, que provienen de la rama ashkenazí, lamentan la pérdida de los orígenes más próximos; es decir, se centran en el Holocausto y en la destrucción de las juderías europeas —que también incluían centros sefardíes.¹⁶ El impacto del Holocausto y la pérdida de los mayores centros de la vida comunitaria judía de Europa son evidentes tanto en la devastación y el vacío cultural que dejaron como saldo las masacres de la Segunda Guerra Mundial, como en los procesos inmigratorios a América Latina.¹⁷ Para los descendientes de esas comunidades, así como para los refugiados, el nexo inevitable con la destrucción también conduce a una relación especial con el Estado de Israel y con otros centros judíos en tanto núcleos de supervivencia, continuidad y renovación.

¹⁵ La creciente atención crítica a la literatura judía-latinoamericana —¿una moda más que se instala junto a otras minorías particularmente en la siempre deseante academia estadounidense?— ha conducido no sólo a resucitar abuelas y recetas de cocina junto a otras veleidades del folklore judío centroeuropeo, sino a buscar, asimismo, huellas judaicas en obras y autores que no han sido reconocidos por esa marca. En este sentido, la brasileña Clarice Lispector (1925-1977) es un caso ejemplar.

¹⁶ La mayoría de los estudios se centran en los judíos ashkenazíes, quienes constituyen la vasta mayoría de los mencionados en este trabajo. Hay estudios más acotados sobre las comunidades sefardíes y sobre comunidades ashkenazíes más pequeñas como las tres que se indican a continuación: León Trahtemberg, *Demografía judía del Perú: un estudio demográfico vocacional y de actitudes hacia lo judaico de la comunidad judía de Lima, Perú* y también su *Vida judía en Lima y en las provincias del Perú: un recuento histórico documentado sobre la presencia judía en el Perú en el siglo XX*; Jacobo Schifter Sikora, Lowell Gudmundson & Mario Solera Castro, *El judío en Costa Rica* y Robert M. Levine, *Tropical Diaspora: The Jewish Experience in Cuba*. Un análisis de la comunidad paulista en Henrique Rattner, *Tradição e mudança: a comunidade judaica em São Paulo*. Sobre México, Judith Bokser de Liwerant, comp., *Imágenes de un encuentro: la presencia judía en México durante la primera mitad del siglo XX*; Alicia Gojman de Backal, coord., *Generaciones judías en México: la Kehilá Ashkenazí, 1922-1992*; Sergio della Pergola & Susana Lerner, *La población judía en México: perfil demográfico, social y cultural*; véase también Guadalupe Zárate Miguel, *México y la diáspora judía*.

¹⁷ Leonardo Senkman analizó un caso en su *Argentina, la Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables, 1933-1945*. Haim Avni también analizó el caso mexicano en “Mexico: Immigration and Refugees”.

Ante la perenne inseguridad de toda diáspora, como se comprueba periódicamente, Israel se ha presentado como una alternativa inapelable.

No creo que sea necesario ofrecer ahora un inventario de los diversos registros que conforman el mapa de las letras judías-latinoamericanas. Sin embargo, y sin reiterar lo que ya he analizado en otros textos,¹⁸ considero pertinente detenerme un poco más en el lugar que Israel ocupa en esa producción. A estas alturas —y como lo ratifica este mismo volumen monográfico— ciertos textos de ciertos escritores judíos-latinoamericanos han sido identificados como pertenecientes a una rama que, a su vez, sólo adquiere sentido en función de su lugar en las correspondientes literaturas nacionales y regionales —y, en caso de merecerlo, según apuntaba Borges, en la tradición literaria. Es importante tener presente este doble reconocimiento porque expresa el papel desempeñado por los lectores en la construcción de este segmentado canon cultural. A no ser que un autor opte por circunscribir su campo de operaciones a la esfera comunitaria, el texto deberá poseer una apertura que permita leerlo en esa doble serie propia de una identidad plural —pluralidad que se producirá (o no) dependiendo de la sintonía identitaria del lector. Subrayo: no todo escritor perteneciente a un linaje minoritario se hace eco de la diferencia. Las novelas de Andrés Rivera [Marcos Ribak], por ejemplo, no apelan a su origen judío, aunque no faltará quien busque en su judaísmo la razón de un proyecto desmitificador de la historia oficial argentina —como ya se ha hecho con David Viñas; por otra parte, cabe suponer que todo lo escrito se da, desde la posición que ha adoptado, a partir de la integración de todos los componentes de su única e indivisible argentinidad. Visto desde otro ángulo, quiero enfatizar la inutilidad de lo prescriptivo, de toda imposición que suponga escribir a partir de una pertenencia comunitaria, pues ineludiblemente se escribe siempre desde lo que se es. Dicho en términos personales: yo no puedo hablar excepto como judío-argentino/como argentino-judío consciente de que las fronteras señaladas por ese guión se fusionaron en el instante de nacer en Buenos Aires.

Todo intento de catalogar a los escritores judíos-latinoamericanos remite a la definición misma de lo que constituye una “literatura judía-latinoamericana”.¹⁹ Para el ámbito en que se dejan oír las voces provenientes de múltiples herencias, resultan insuficientes las prescripciones legales y teológicas. Nacer de madre judía —a pesar del dictamen rabínico, de tanto folklore y Woody Allen— no es el factor determinante en el acto de enunciación. Si bien posee cierto encanto suponer que marcas religiosas y culturales “puestas en el orillo”, aún sin complementarlas con una educación judía, condicionan conciente o inconcientemente

¹⁸ Entre otros sobre esta línea de trabajo, enumero los siguientes: “Contemporary Jewish-Argentine Writers: Tradition and Politics”, “Ill at Ease Outsider”, “Latin American Jewish Writers: A Bridge Toward History”, “Latin American-Jewish Writers: Protecting the Hyphen”, en *The Jewish Presence in Latin America* y mi libro *La orilla inminente: Escritores judíos-argentinos*.

¹⁹ Este interrogante fue abordado, por ejemplo, por Ana E. Weinstein y Myriam E. Gover de Nasatsky al preparar la bibliografía *Escritores judeo-argentinos. Bibliografía 1900-1987* y también en la compilación más acotada de David William Foster y Naomi Lindstrom, “Jewish Argentine Authors: A Registry”. El título de la reciente antología compilada y prologada por Gisela Heffes registra gráficamente la conjunción de elementos: *Judíos/Argentinos/Escritores*.

la escritura de ese ser compuesto, hay suficientes razones para cuestionar la validez y el alcance de tal hipótesis.²⁰

La política étnica, es decir, el reconocimiento de lo étnico como valor —tema que merece un estudio aparte en lo que hace a este núcleo ciudadano— también ha desempeñado un papel importante en la salida a este ruedo de escritores para quienes el judaísmo, y cualquiera de sus manifestaciones más obvias, no habían sido parte de su arsenal literario. Me refiero a motivos que van desde la utilización de términos en idish hasta la descripción de festividades y el reconocimiento de que ser judío no está reñido con ser progresista, de izquierda, latinoamericano, ciudadano cosmopolita fiel a más de una lengua y una cultura.²¹

Pero también hay numerosos ejemplos de una producción literaria profundamente arraigada en tradiciones judaicas hasta el punto que ni siquiera es necesario explicitarlas para reconocer su impronta. Margo Glantz (1930), Angelina Muñiz-Huberman (1936), Esther Seligson (1941), Sabina Berman (1954), Myriam Moscona (1955), entre otras narradoras y poetas, ofrecen un amplio abanico de prácticas mexicanas. Moacyr Scliar (1937) es quien más ha instalado el tema en el campo brasileño.²² Entre los argentinos,

²⁰ Véase El testimonio de Juan Gelman, “Lo judío y la literatura en castellano”. Lilián Uribe reconoce la presencia judía en la poesía de Gelman (Uribe, *Juan Gelman*). Otros testimonios personales en torno a este tema a cargo del venezolano Isaac Chocrón (“Tu boca en los cielos”), del peruano Isaac Goldemberg (“Crónicas / Genealogías / Cronologías”), del argentino Santiago Kovadloff (“Un lugar en el tiempo [La Argentina como vivencia de los judíos]”), y del argentino-español Arnoldo Liberman (“El lenguaje español: una antigua historia de amor”). En este contexto son particularmente importantes las novelas de Goldemberg, *La vida a plazos de don Jacobo Lerner* (1980) y *Tiempo al tiempo* (1984). Aún más impactantes en cuanto a sus múltiples identidades, los textos de *Hombre de paso / Just Passing Through* (1980). Diecisiete escritores judíos-latinoamericanos respondieron brevemente a dos preguntas planteadas por Nora Glickman: “1. What does it mean to you to be a Jewish writer in your country? 2. How is Judaism expressed in your own writing?” en su “Introduction II: The Authors Speak for Themselves” en el ya citado *Tradition and Innovation. Reflections on Latin American Jewish Writing* (9-31). Respondieron los argentinos Marcos Aguinis, Ricardo Feierstein, Manuela Fingueret, Luisa Futoransky [Argentina-Francia], Gerardo Mario Goloboff, Daniel Gutman, Ricardo Halac y Eliahu Toker; las mexicanas Sabina Berman, Margo Glantz, Angelina Muñiz y Esther Seligson; el chileno Ariel Dorfman; el cubano José Kozer [Cuba-US]; el costarricense Samuel Rovinski y el brasileño Moacyr Scliar.

²¹ Ariel Dorfman (Chile, 1942) ofrece una rica experiencia en *Heading South, Looking North: A Bilingual Journey*. Véase el caso del guatemalteco Víctor Perera, cuyas obras fueron escritas en inglés; particularmente *Rites. A Guatemalan Boyhood* y *The Cross and the Pear: A Sephardic Journey*.

²² Ver, por ejemplo, *Las genealogías*, de Margo Glantz, frente a sus otras narraciones y a sus intereses académicos. Véase Esther Seligson, *La morada en el tiempo* y sus lecturas de Clarice Lispector, Cioran —a quien tradujo al español—, Kafka, Bellow y Edmond Jabés en *La fugacidad como método de escritura* entre otras publicaciones. De Angelina Muñiz-Huberman, *Morada interior; El mercader de Tudela*; algunos relatos de *Huerto cerrado, huerto sellado y Serpientes y escaleras* así como sus ensayos, *La lengua florida: antología sefardí y Las raíces y las ramas. Fuentes y derivaciones de la Cábala hispanohebraica*; para una mirada más personal, *De cuerpo entero*. Entre las publicaciones de Sabina Berman: *La bobé*. De Myriam Moscona, particularmente *Las visitantes, El árbol de los nombres y Vísperas*. Entre otras obras de Moacyr Scliar: *A guerra no Bom Fim, Os deuses de Raquel: novela, A balada do falso Messias, Os voluntários, O centauro no jardim* y muy especialmente *A estranha nação de Rafael Mendes*.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

